



Tránsito hacia la oscuridad

Ignacio Villagrán

En Oarso 2002 se publicó una amplia entrevista con Ignacio Villagrán, director de la Residencia de Ancianos de Errenteria, en la que se daba cuenta de su actividad literaria como escritor de narrativa, en cuya faceta ha cosechado numerosos premios en certámenes literarios, tanto en el ámbito del País Vasco y Navarra (Villa de Ermua, Villa de Funes, Lapurbide de Ansoain, Argoiak de Irún...), como a nivel nacional (Helénides de Salamina, Ciudad de Novelda, Sant Andreu de la Barca, El Puig, Ciudad de

Viladecans...). Tiene igualmente en su haber el primer premio del IV Certamen de Cuentos del Instituto Cervantes de Bruselas.

Recientemente ha resultado ganador del primer premio del III Concurso de Relatos Cortos de la Sociedad Española de Neurología, con el relato *Máscaras de papel*. Sin embargo, en este número hemos querido publicar el relato *Tránsito hacia la oscuridad*, con el que ganó el Premio Senecta de la Editorial Planeta (Barcelona 2006), basado en una historia real ocurrida en nuestra Residencia de Ancianos.

Lunes 15 de febrero.

Mi querida Amelia: comienzo este diario en una tarde desapacible y gris. He dejado la ventana entreabierta y se siente la humedad. Fuera huele a hierba fresca y a salitre.

Ingresé ayer por la mañana. Antes de que Ernesto viniera a buscarme, di el último repaso a la casa. Todo quedaba igual que cuando tú la dejaste. Ernesto llegó justo a la hora. Nuestro hijo, tan puntual como siempre. Vino con Elena.

– ¿No habéis traído a los chicos? –les pregunté.

– No han podido venir –respondió ella–. Mikel tenía clase y Ander...

– Ensayo, seguro –dije antes de que terminara.

– Sí. El sábado tienen actuación y están como locos.

Mientras Elena continuaba poniéndome al corriente de los éxitos musicales de su hijo, pensé en lo ocupados que debían estar mis nietos, para no haber tenido tiempo de despedir a su abuelo. ¡Qué se le va a hacer!

Al ir a cerrar la puerta de casa empezaron a temblarme las piernas. Hacía mucho tiempo que no me ocurría. La última vez te acababan de sacar del quirófano. Fue como un mazazo.

Salimos a la calle y Elena me dejó con Ernesto. Tenía hora con el dentista. En el fondo me alegré. Estaba deseando hacer aquel viaje a solas con él. Subimos al coche. Al fin podía ir en el asiento delantero. Bajé la ventanilla y le pedí un cigarro a Ernesto. Ya sabes que no te conviene, me dijo con ese gesto grave que tanto me recuerda a ti. Al rato abrió la guantera y sacó un paquete de tabaco. ¡Qué narices!, ¡los dos lo necesitamos!, exclamó. Le encendí un cigarro y se lo puse en los labios. En aquel momento me sentí el padre más feliz del mundo. Luego encendí otro para mí. Me supo a gloria. El recorrido lo hicimos en silencio.

Llegamos a la residencia antes de lo previsto. Después de instalarme en la habitación, tuve una entrevista con la psicóloga. Me bombardeó con preguntas absurdas: a ver si sabía cómo me llamaba, los años que tenía, dónde había nacido... Estuve a punto de decirle que aún estoy en mi sano juicio. Supongo que se limitaba a cumplir con su trabajo. Me habló de la conveniencia de dedicar un rato a escribir cada día.

Esta noche he extrañado nuestra cama. Ya me acostumbraré. En la mesilla he puesto tu foto. Te quiero. Pablo.

* * *

Martes 16 de marzo.

Hace un mes que estoy aquí. No me encuentro mal, aunque eso de levantarse a toque de corneta no lo llevo muy bien. A las ocho te despiertan con música: "Buenos días, señores residentes, hoy es lunes catorce de marzo... las previsiones meteorológicas anuncian...". Me lo sé de memoria. Después de desayunar viene la sesión de terapia. Vuelta a las mismas preguntas: cómo me llamo, en qué mes vivimos o a ver qué tuvimos de postre ayer en la cena. No entiendo por qué tanto afán en aferrarse a la memoria presente, a las cosas que nos acaban de ocurrir; por qué ese empeño en evitar que perdamos contacto con nuestro pasado reciente.

En el primer piso estamos los autónomos. Así nos llaman a los que aún nos bandeamos. El otro día intenté subir a la Unidad de Profundos, pero me fue imposible. La puerta estaba cerrada. Uno de mis compañeros de mesa dice que lo hacen para que no veamos lo que nos espera. Extraña manera de evadir la realidad. Al final conseguí entrar. ¡Es tremendo!

* * *

Viernes 21 de mayo.

Esta noche he regresado en sueños al Peine del Viento. Es el único lugar de mi memoria cuya imagen permanece nítida. Me encontraba contigo junto al pretil del paseo. Ni una nube en el cielo. Sólo una ligera bruma que se alejaba por Urgull. He mirado hacia la playa. Estaba muy baja la marea. Una pareja paseaba de la mano por la orilla. Los he visto alejarse hasta que se han perdido entre la gente. En ese momento me he vuelto hacia ti y ya no estabas.

Al despertarme por la mañana, he dudado si será real o no la Amelia de mis sueños, si ese instante ha llegado a suceder alguna vez. Tengo miedo.

* * *

Jueves 8 de julio.

Hoy no me encuentro bien. Ya se me pasará. He estado en el despacho del director. Nada de importancia. Se llama Martín. Es un buen tipo. Creo que le he caído bien.

Te echo de menos, Amelia.

* * *

Martín Urbina ojeaba las páginas del diario. En un momento, dirigió la vista hacia la estantería que había detrás de la mesa y dejó escapar una leve sonrisa entre sus labios.

* * *

Miércoles 15 de septiembre.

El verano va cayendo y las noches empiezan a ser frescas. Pienso en ti y quiero ver la sombra de tu rostro joven sobre la cubierta de una chalupa que nos lleva a Santa Clara. Hace un sol radiante y es domingo de regatas.

* * *

Lunes 1 de noviembre.

No he podido ir a llevarte flores. Ernesto me ha llamado a la mañana para venir a recogerme, pero le he dicho que me encontraba muy cansado.

¿Sabes, Amelia?, la llegada del otoño me deprime cada vez más. Sin ti todo es distinto. No puedes imaginar cuánto desearía estar en este momento contigo.

* * *

Domingo 28 de noviembre.

He firmado un escrito con mis últimas voluntades. No quiero verme como los de la Unidad de Profundos. No, no quiero tener ese final; no quiero prolongar mi existencia unido a sondas milagrosas, a jeringas que inyectan líquidos prolongadores de vida. ¡Qué ironía! Quiero estar preparado para lo que está por llegar. Aunque es fácil predecir mi futuro. Ese futuro que ya no es de los dos, Amelia.

* * *

Mientras leía el diario, Martín Urbina recordaba la conversación que mantuvo con Pablo en su despacho:

– No le envidio –aseguró Pablo–. No desearía dirigir un psiquiátrico por nada del mundo.

– Esto no es un psiquiátrico; es un centro gerontológico –aclaró Martín.

– Bueno, por mucho que se empeñen en cambiarle el nombre, esto seguirá siendo lo que ha sido siempre: un lugar para enfermos mentales.

– Usted no es un enfermo mental.

– No tardaré en serlo.

– Yo no lo diría tan seguro.

– ¿Ah, no? Le recuerdo que estoy diagnosticado de Alzheimer.

– Sí, pero en su caso, la evolución...

– Mire –le cortó Pablo–, conozco bien esta enfermedad y tengo muy asumido lo que ha de ocurrirme. Paso a paso.

– Si se refiere a la pérdida de memoria creo que, hasta cierto punto, es un hecho natural por el que hemos de pasar todos.

– No. Eso no me preocupa. Pensándolo bien, es un alivio saber que lo primero que voy a perder va a ser la memoria reciente. Porque así, durante algún tiempo al menos, podré conservar los viejos recuerdos, los recuerdos que aún me mantienen vivo.

– No podrá negar que, para su edad, mantiene un excelente estado mental.

– Sí, pero ¿a consta de qué?: me paso el día esforzándome en recordar todo lo que me ha sucedido hoy, ayer, hace un momento... Y a pesar de ello, no tardaré en empezar a olvidarme de las cosas, a tener dificultades para hablar, para moverme, para comprender lo que me dicen. Y un buen día despertaré sin saber quien soy. Y lo que es peor: miraré a mi hijo como el que mira a un extraño. ¿Sabe lo que eso significa?

– Imagino que sí.

– Y luego ¿qué me espera? Lo mismo que a los de arriba. Me tendrán que ayudar a comer, a vestirme, a llevarme al baño. Y me consideraré un tipo con suerte si no me da por tener alucinaciones, por imaginarme fantasmas, por obsesionarme con que me van a matar. ¿Cómo llaman a eso?

– Síntomas sicóticos –respondió Martín.

– En fin –cambió de repente el gesto–. Ya que se está poniendo el tema tan negro, invíteme a un trago.

– Pero ¿qué dice? –exclamó sorprendido–. Usted no está bien.

– Estoy perfectamente. Ya sé que detrás de ese enorme tomo verde que tiene ahí –señaló hacia la estantería– guarda una botella de ron. Lo sabe toda la residencia. ¡La de la limpieza se ha ido de la lengua, señor director! –añadió con guasa.

– ¡Me parece que esta conversación ha llegado a su fin! –zanjó enojado.

– Bueno, como veo que no está usted por la labor de ofrecerme un trago, tendremos que beber del mío –dijo Pablo, sacando un frasco del bolsillo de la chaqueta.

– Pero ¿qué es eso?

– Lo que ve –y le acercó el frasco.

– Es un expectorante –dijo al leer el nombre del fármaco–. Traiga, por favor –le arrebató el frasco y desenroscó el tapón–. ¡Esto huele a ron! ¿Sabe lo que está haciendo?: poniendo en grave peligro su salud. ¡Esto es ron, Pablo!

– Sí, es ron. Ya ve, los dos tenemos los mismos gustos. Y como le conozco y sé que no va a tomar represalias, le diré que me lo trae un empleado tuyo. Sólo por eso deberían subirle el sueldo. A él y a todos los que trabajan aquí. Por eso y por los pequeños gestos que suceden a diario en esta casa.

– ¿A qué se refiere?

– A esas minucias en las que nadie repara. Sé que está muy orgulloso de su residencia. Pero tenga por seguro que lo que llega realmente al corazón de cada anciano, de cada usuario (como nos llaman ustedes), no son los programas de rehabilitación, ni las terapias, ni toda esa perfecta planificación asistencial. ¡Qué va! Son otras cosas. Es el componente afectivo, es el calor humano de la gente que nos atiende.

– Nosotros no podemos suplir a la familia –aseguró Martín.

– ¿La familia, ha dicho? No tengo más que mirar a mi alrededor. Puedo sentirme un privilegiado si valoro la relación que aún mantengo con mi hijo. Ustedes no van a sustituir a mi familia; por supuesto que no. Pero sí pueden hacer que mi estancia –y la del resto de los que viven en este centro– sea más llevadera.

– ¿Cómo?

– Muy sencillo. No centrándose sólo en el aspecto asistencial. La residencia está dotada con los mejores medios y el personal es cada vez más cualificado; no hay duda. Pero quizás hay algo más importante, algo que es posible que le resulte intrascendente: afecto, cariño. ¿Acaso se han parado a pensar que aún somos personas y no sólo pacientes psicogerítricos?

– Tal vez esté en lo cierto –afirmó Martín.

– No lo dude.

– Aún así y todo, sigo pensando que es una imprudencia que beba.

– Mire, este jarabe no va a sacarme de mis miserias. Ni va a hacer que deje de pensar en mi mujer, porque me acuerdo de ella a todas horas. Pero es uno de los pocos alicientes que me quedan en este monótono sinsentido que es vivir. Así que no me diga ahora que este maravilloso brebaje va a llevarme a la tumba. Porque de ser cierto, que sea ahora mismo –y echó un buen trago.

Martín le escuchaba atento, sin poder reaccionar. En un momento se levantó, se acercó a la estantería y retiró el tomo verde. Luego cogió la botella de ron, puso dos copas sobre la mesa y se dirigió a Pablo:

– ¿Sabe una cosa? –dijo relajado–, que tiene razón. Puede que la limpiadora se haya ido de la lengua, pero me trae sin cuidado –añadió al tiempo que llenaba las copas–. ¡Un brindis por la limpiadora!

– ¡Por la limpiadora! –secundó Pablo, alzando su copa.

* * *

Martes 14 de diciembre.

He celebrado mi cumpleaños con Ernesto. Nos han puesto solos en una mesa en el comedor. Hemos estado recordando mis años de viajante. Él entonces era un niño, pero aún se acuerda de mi viejo seiscientos. Intento calcular mentalmente los kilómetros que habré hecho en mi vida y me pierdo entre cifras que se me hacen astronómicas. Pienso luego en el trayecto que recorro todos los días; en esos escasos veinte metros que separan la sala de mi habitación y me parece un récord.

* * *

Lunes 17 de enero.

Tenía ganas de que terminaran las Navidades. No son más que para revolverle a uno por dentro. Perdóname por la letra. No sé qué me pasa. Me han dicho que lo del temblor es normal, que no me preocupe. Pero sé que va a ir a más. No me tengo en pie. Mañana continuaré.

* * *

Sábado 5 de febrero

Me han cambiado de planta. Dicen que aquí voy a estar mejor atendido. Hoy me ha dado por quedarme en la sala. Veo a la mujer del fondo arrullar a una muñeca que alguien ha dejado en su regazo. Es la única forma de que deje de gritar. Observo también el balanceo del anciano que tengo al lado. Una cincha verde atraviesa su cintura y lo amarra a la silla. De vez en cuando me llama. Vamos, Kepa, que hay que recoger las redes. Fue pescador en sus tiempos.

* * *

Martes 15 de marzo.

Amelia, esto no mejora. El temblor es insoportable. Se me caen las cosas y me desespero. Y esta extraña sensación de estar flotando... El otro día vino a verme el capellán. Tengo ganas de irme con mi mujer, le dije. ¿Y sabes qué me contestó? Pues que antes tendré que pasarme un par de meses por el purgatorio para hacerme una buena limpieza. Me hizo reír.

* * *

Sábado 23 de abril.

Nunca habría imaginado que el tiempo terminase siendo mi peor enemigo. El transcurrir constante de los días y de las horas se ha convertido en un tránsito imprevisible y anárquico. Observo el calendario que cuelga de la pared. Amaneceré mañana y cuando vuelva a mirar, habrán pasado dos o tres semanas, tal vez más. Es el tiempo que habré permanecido en silencio. ¿Por qué?

Lo cierto es que esto se acaba. Y yo, que nunca había creído en estas cosas, presiento que voy a encontrarme muy pronto contigo.

Martín Urbina pasó a leer la última página:

Domingo 31 de julio.

Amelia, escribo tu nombre sin saber quién eres. Supongo que habrás sido mi mujer y ahora no estás. Imagino también que habré tenido una familia. Tampoco sé quién soy ni qué hago aquí. Me observo ante el espejo y ni siquiera mi rostro me es familiar. Creo que se ha borrado hasta el último recuerdo de mi mente. Y sospecho que nunca más volveré a recordar lo que he sido y he podido sentir en esta vida, que se me muestra ahora como una oscura nebulosa.

Martín Urbina cerró el diario y comenzó a acariciarlo. Al rato lo abrió por la primera página y sintió un nudo en la garganta cuando leyó, por última vez: *Diario de Pablo Arzuaga*. Después lo metió en una caja con las otras cosas. El hijo de Pablo vendría a buscarlas aquella misma mañana.

